

## LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN FRANCIA EN EL SIGLO XIX: GUSTAVE FLAUBERT

POR

ESTANISLAO CANTERO

Gustave Flaubert (1821-1880), vino al mundo en una familia bien acomodada de origen burgués, en la que, durante generaciones, buena parte de los varones de la rama paterna fueron veterinarios. De su padre –del que se ha dicho que era “liberal, francmasón, ligeramente republicano anticlerical, deísta escéptico” (1) y volteriano (2)–, que fue doctor en medicina, de merecida fama en el ejercicio de su profesión y uno de los hombres más ricos de Rouen (3), probablemente aprendió a observar la realidad y, quizá, también su padre, le transmitió el materialismo (4). Su madre, deísta y de la que su hijo dijo que fue atea desde 1846 (5), no le educó en la fe católica, y aunque fue bautizado un mes después de su nacimiento (6), no

---

(1) Geoffrey WALL, *Flaubert : A Life*, Farrar, Straus and Giroux, New York, 2002, pág. 15.

(2) Claude DIGEON, *Le dernier visage de Flaubert*, Aubier, París, 1946, pág. 33.

(3) Según Lottman, al morir en 1846, dejó una fortuna valorada en ochocientos mil francos, equivalente a unos catorce millones de francos de 1986 [es decir, unos trescientos cincuenta millones de pesetas de 1986] (Herbert LOTTMAN, *Gustave Flaubert. A Biography*, [1969], trad. esp., *Gustave Flaubert*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992, pág. 30 y 489).

(4) LA VARENDE, *Flaubert par lui-même*, (1951), Seuil, París, 1962, pág. 11.

(5) Según lo manifestó Flaubert a Edmond de Goncourt, (Edmond et Jules de GONCOURT, “Anotación de 15 de febrero de 1872”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, II. 1866-1886*, edición de Robert Ricatte con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont [col. Bouquins], París, 1989, pág. 495).

(6) Enid STARKIE, *Flaubert: the making of the master*, (1967), trad. fran., *Flaubert. Jeunesse et maturité*, Mercure de France, París, 1970, pág. 25 ; Herbert LOTTMAN,

hizo la primera comunión (7). Después de sus estudios en el Colegio Real de Rouen, dónde fue un alumno académicamente distinguido, se trasladó a París a estudiar derecho a lo que dedicó escaso tiempo, abandonando unos estudios que no le gustaban tras manifestársele una enfermedad nerviosa (8). Ésto le permitió hacer realidad su vocación literaria, aparecida en la infancia (9) y que ya se había manifestado con muestras de verdadero talento literario en su adolescencia. En su juventud dio suficientes pruebas de un “nihilismo radical” (10) y “bebió en las fuentes del escepticismo de Montaigne, del pesimismo de Byron y del romanticismo negro” (11). La influencia del poeta inglés le condujo a un “misticismo diabólico” a los doce años de edad, al tiempo que fue el origen de su pesimismo psicológico (12) y de su rebeldía y ateísmo (13). También mostró su gusto por Rabelais (14) y por Sade (15), con quien, manifiestan

---

*Gustave Flaubert...*, ed. cit., pág. 20. René DUMESNIL, *Gustave Flaubert. L'homme et l'oeuvre*, Desclée de Brouwer et Cie., París, 1932, págs. 17-30, 35, 36.

(7) LA VARENDE, *Flaubert par lui-même*, ed. cit., pág. 10 ; Benjamin F. BART, *Flaubert*, Syracuse University Press, Syracuse, New York, 1967, pág. 281 nota 97. Por el contrario, Sartre, me parece que sin suficiente base, indicó que llegó a comulgar (Jean-Paul SARTRE, *L'Idiot de la famille. Gustave Flaubert de 1821 à 1857*, Gallimard, París, 1971, tomo I, pág. 508).

(8) Parece que ya no se duda que esa enfermedad era epilepsia (Dr. GALERANT, “Flaubert vu par les médecins d'aujourd'hui”, *Europe*, núm. 485-486-487, septiembre-octubre-noviembre 1969, págs. 107-112).

(9) Caroline COMMANVILLE, *Souvenirs intimes*, en Gustave FLAUBERT, *Oeuvres complètes. Correspondance. Première série (1830-1846)*, nueva edición aumentada, Louis Conard, París, 1926, pág. XXII.

(10) Maurice NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, Les Lettres Nouvelles y Maurice Nadeau, (1969), París, 1990, pág. 49.

(11) M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., pág. 63.

(12) Ernest SEILLIÈRE, *Le romantisme des réalistes. Gustave Flaubert*, 2ª ed., Plon-Nourrit et Cie., París, 1914, págs. 54 y 60, 82-85. Sin embargo, el estudio de Bruneau establece que Flaubert no leyó a Byron hasta los años 1835-1837 ó 1837-1838 (Jean BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, Librairie Armand Colin, París, 1962, págs. 29 y 26).

(13) B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., pág. 34.

(14) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 64 ; H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 56.

(15) E. SEILLIÈRE, *Le romantisme des réalistes. Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 63; Claude DUCHET, “Sade dans Flaubert”, *Magazine littéraire*, núm. 250, febrero 1988, págs. 38-40.

los Goncourt, estaba obsesionado (16) y, según Poyet, era su “escritor favorito” (17).

Su vida amorosa fue desarreglada. Fue amante intermitente, desde 1846 hasta 1855, de una escritora más bien mediocre —once años mayor que él, aunque cuando se conocieron “La Musa” estaba en el cénit de su gloria, lograda, según se ha dicho, gracias a su belleza (18)—, con la que tuvo una relación apasionada y tormentosa, y “a la que nunca amó verdaderamente” (19), Louise Revoil, conocida como Louise Colet por su matrimonio con el compositor y profesor de música Hippolyte Colet. Louise Colet era amante de Victor Cousin con la que tuvo una hija. Sin perjuicio de su relación con Flaubert, seguía con su marido y con otros muchos, como Alphonse Karr, Villemain, Hugo, Musset o Vigny (20); incluso con el íntimo amigo de Flaubert, Louis Bouilhet (21). Estas relaciones parece que no molestaron lo más mínimo a Flaubert, pues incluso le animaba a seguir con Cousin (22). A su vez, Flaubert no le era completamente fiel pues le engañaba con la actriz Béatrix Person y con la institutriz de su sobrina Caroline, la inglesa Juliet Herbert (23). Otras amantes (24) de Flaubert fueron Eulalie Foucaud, a la que

(16) Edmond et Jules de GONCOURT, “Anotación de 9 de abril de 1861”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, I. 1851-1865*, edición de Robert Ricatte con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont (col. Bouquins), París, 1989, pág. 683.

(17) Thierry POYET, «L'Écriture épistolaire et les jugements littéraires chez Flaubert», en Yvan LECLERC (dir.), *La Bibliothèque de Flaubert*, Publications de l'Université de Rouen, Rouen, 2001, págs. 337-346, cit., pág. 339. Sobre la influencia de las lecturas de juventud de Flaubert, Jean BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, ed. cit.

(18) Antoine ALBALAT, *Gustave Flaubert et ses amis*, Les Œuvres représentatives, 1927, pág. 27.

(19) Jean BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, ed. cit., pág. 382.

(20) Henri GUILLEMIN, *Flaubert, devant la vie et devant Dieu*, (1939), prólogo de François Mauriac, Utovie, Bats, 1998, pág. 42; René DUMESNIL, *Gustave Flaubert. L'homme et l'oeuvre*, ed. cit., págs. 173-188; H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., págs. 103-113 y *passim*. ; E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 172-196 y 252-284.

(21) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 266.

(22) Albert THIBAUDET, *Gustave Flaubert*, (1935), Gallimard, París, 1999, pág. 43.

(23) Jacques SUFFEL, *Gustave Flaubert* (1958), nueva edición revisada, Editions Universitaires, París, 1968, pág. 32; H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 229 y *passim*.

(24) Starkie, indica, sin fundamento suficiente, que solamente lo fue Louise Colet y, quizá, Juliet Herbert (E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 13, 14 y 404).

conoció en Marsella, de paso hacia Córcega, en el que sería su primer viaje importante tras finalizar el bachillerato; la actriz Suzanne Lagier, Jeanne de Tourbey, Appollonie Sabatier (25) y Louise Pradier (26), que ya se había separado de su marido (27). También fue asiduo ocasional de burdeles (28) —donde contrajo la sífilis en 1849 (29)— y de aventuras sexuales durante sus viajes (30), que le dejarían como recuerdo de su estancia en Oriente, a dónde marchó en noviembre de 1849 para regresar en junio de 1851, diversos chancros (31).

“Los hombres encontrarán siempre —le escribía a George Sand— que la cosa más seria de su existencia es gozar. La mujer, para todos nosotros es la Ojiva del infinito. No es noble, pero es el verdadero fondo del Macho” (32). Durante su viaje por Bretaña, en 1847, tras acudir a un burdel, anotó en su diario que un hombre puede amar verdaderamente a dos amantes al mismo tiempo, del mismo modo que puede amar a su perro y a su caballo, pues aquel animal te adora y este te sirve (33).

Con tan espiritual y real concepto, no es de extrañar que Troyat indicara que para Flaubert las mujeres constituían “una especie

(25) H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 50. Las cartas a las dos últimas lo confirman. R. DUMESNIL, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 188-193.

(26) Maurice NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., pág. 123.

(27) Vargas Llosa duda que Béatrix Person fuera su amante y da a entender que sólo lo fueron Eulalie Foucaud, Elisa Schlésinger y Louise Colet (Mario VARGAS LLOSA, *La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary*, [1975], Alfaguara, Madrid, 2006, págs. 80 y 112). Según casi todos los autores, Elisa Schlésinger fue un amor platónico que jamás se consumó.

(28) La correspondencia de Flaubert no deja duda alguna. Alfred COLLING, *Gustave Flaubert*, Librairie Arthème Fayard, París, 1941, págs. 50 y 67; G. WALL, *Flaubert: A Life*, ed. cit., págs. 138, 159, 160, 174.

(29) B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., pág. 171.

(30) Gustave FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 14 de noviembre de 1850” y *pasim*, en *Correspondance*, selección y presentación de Bernard Masson, Gallimard (Folio classique), París, 2004, pág. 133-138. Citaré como *Correspondance*.

(31) G. FLAUBERT, «Carta a Louis Bouilhet, de 14 de noviembre de 1850», en *Correspondance*, ed. cit., pág. 133; Patrick WALDLASOWSKI, “Te rapelles-tu Kuchuk-Hanem”, *Magazine littéraire*, núm. 250, febrero 1988, págs. 44-47.

(32) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 6 de febrero de 1867”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 510.

(33) B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., pág. 163.

estúpida”, “un animal vulgar del que el hombre hace un bellissimo ideal” (34), o que Frère indicara que la concepción que Flaubert tenía del amor era la de un pesimista y un cínico (35). Para Flaubert, la “inferioridad” de la mujer respecto del hombre provenía de su necesidad de “poetizar”, lo que hace que “no vea lo verdadero cuando se encuentra, ni la belleza donde está” (36); quizá, por ello, fue, probablemente, andando el tiempo, de los menos libertinos de los escritores de su tiempo, lo que, según Guillemin se debió a que, ante el dilema de la mujer o el arte, eligió éste (37). A George Sand le escribía: “La Musa, por muy tosca que sea, da menos disgustos que la Mujer: *No puedo conciliar ambas*. Hay que elegir. Mi elección fue hecha hace mucho tiempo” (38). Ya se lo había dicho nueve años antes, cuando tenía treinta y ocho, a Marie-Sophie Leroyer de Chantepie (39). No obstante tal elección, si le apartó del matrimonio —“jamás me casaré”, le escribió a su querida (40)—, no lo hizo totalmente de las amantes, y todavía a partir de 1871, la relación con Leonie Brainne fue más que amistosa (41).

En 1856 publica por entregas en la *Revue de Paris*, la novela *Madame Bovary*—historia de un adulterio con dos amantes que termina en el suicidio de Emma—, lo que le supuso un proceso por supuesta inmoralidad en el que fue absuelto, y en el que su aboga-

(34) Henri TROYAT, *Flaubert*, Flammarion (Le Livre de Poche), París, 1992, págs. 48 y 39.

(35) Étienne FRÈRE, *Louis Bouilbet. Son milieu. Ses hérédités. L'amitié de Flaubert*, Société Française d'Imprimerie et de Librairie, París, 1908, pág. 244.

(36) Gustave FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, 24 de abril de 1852”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 176.

(37) H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 51.

(38) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 1 de enero de 1869”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 545.

(39) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de diciembre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 388.

(40) G. FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, de 21 de octubre de 1846”, en *Oeuvres complètes, Correspondance, Première Série (1830-1846)*, nouvelle édition augmentée, Louis Conard, París, 1926, pág. 384.

(41) J. SUFFEL, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 87.

Sus cartas a Léonie Brainne no dejan ningún lugar a la duda. Así, la de 28 de julio de 1876 o la de 10 de diciembre de 1879 (G. FLAUBERT, “Carta a Léonie Brannie, de 28 de julio de 1876”; “Carta a Léonie Brannie, de 10 de diciembre de 1879”, ambas en *Correspondance*, ed. cit., págs. 680 y 737).

do, a instancias de Flaubert, alegó en su favor su pertenencia a una “buena familia” de toda la vida y que no precisaba vivir de su pluma, es decir, que no necesitaba trabajar para vivir (42). Es decir, que no era un revolucionario ni un bohemio, sino un buen burgués bien situado. Dicho proceso le hizo famoso (43), de tal modo que la aparición del volumen en 1857 constituyó un gran éxito editorial y, si bien Sainte-Beuve —que no dejó de advertir que “el bien está demasiado ausente” (44)—, Baudelaire, Sand (45) o Taine (46) la elogiaron, tuvo una crítica mayoritariamente adversa, tanto en su aspecto moral como literario. Tachado de “cruel”, se le reprochó transmitir, a través de sus personajes, una pésima opinión de la humanidad y se le achacó ser materialista (47). Ejemplo de esa crítica, la de *Nettement*, para el que “la filosofía escéptica y materialista” de Flaubert se muestra en esta “novela realista, materialista, sensualista y, en el fondo, atea”, en la que el realismo no es más que una pretensión fallida, puesto que no hay “un solo pueblo en Francia en el que no haya más que una colección de bobos, ignorantes, perversos, miserables y corrompidos”, al tiempo que, desde el punto de vista del arte, le falta algo esencial: “el contraste de caracteres”, pues el contraste es una condición del arte (48).

No es extraño, pues, que, como indicó Saillièrre, se le instruyera tal proceso, puesto que aquella sociedad aun recordaba los sucesos de 1848 y la moral que se desprendía de la obra de Flaubert

(42) H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., págs. 197-198.

A su hermano, le escribió: “Que se sepa que somos en Rouen lo que se llama una familia” (G. FLAUBERT, “Carta a Achille Flaubert, de 3 de enero de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 317).

(43) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 322-336; G. WALL, *Flaubert: A Life*, ed. cit., págs. 231-239.

(44) C. A. SAINTE-BEUVE, *Causeries du Lundi*, 3ª ed., Garnier Frères, París, s.d., tomo XIII, pág. 362.

(45) George SAND, *Le Courier de Paris*, 2 de septiembre de 1857.

(46) La valoración muy positiva de Taine ha sido ampliamente estudiada por Bruna DONNATELLI, *Flaubert e Taine. Luoghi e tempi di un dialogo*, (1996), Nuova Arnica Editrice, 2ª ed., Roma, 1998, págs. 52-76.

(47) J. SUFFEL, *Gustave Flaubert*, ed. cit., págs. 47-48; M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., págs. 129-134, cit. 132 y 133.

(48) Alfred NETTMENT, *Le roman contemporain. Ses vicissitudes, ses divers aspects, son influence*, Jacques Lecoffre, París, 1864, págs. 121, 123 y 125.

podía ser considerada una incitación a la rebelión contra la sociedad existente. Por otra parte, la novela es, en sí misma, una apología del adulterio —“¡Tengo un amante! ¡Tengo un amante!” (49), exclama Emma tras su traición, como si, por fin, hubiera alcanzado el ideal—. Como, entre otros críticos, indicaría Saillièere años después, Emma muere indiferente, sin arrepentimiento alguno: la moral que se desprende de la obra es la indiferencia ante el vicio y la virtud (50), siendo totalmente falsa la argumentación de su defensor en el proceso: “la excitación a la virtud por el horror ante el vicio” (51). La atracción que Emma ha ejercido en algunos autores me parece fruto de una idealización injustificada, tanto respecto “al ideal” que busca Emma y a sus pretendidas “virtudes heroicas” que vio Baudelaire (52), como a su supuesto deseo de libertad y a su rebeldía, que le atribuye Vargas Llosa (53). Todas las acciones de Emma, consecuencia de querer que la ilusión se haga realidad, se asientan sobre la traición: el adulterio, las deudas, la ruina y el suicidio. De ello era consciente Flaubert cuando le escribía a Leroyer de Chantepie: “No os comparéis con la Bovary. No os parecéis en nada. Valía menos que usted como cabeza y como corazón; ya que es una naturaleza algo perversa, una mujer de falsa poesía y de falsos sentimientos” (54).

No tuvo suerte con la crítica durante su vida, pues en su mayor parte, no apreció, tampoco, sus obras posteriores. *Salammbô* (1862) —a pesar de su éxito editorial—, fue severamente criticada por Sainte-Beuve (55). *L'Éducation sentimentale* (1869), y *La tentation de Saint Antoine* (1874), tampoco interesaron al público (56). *La educación*

(49) G. FLAUBERT, *Madame Bovary*, (prólogo y notas de Thierry LAGET), Gallimard (Folio classique), París, 2001, 2ª parte, cap. IX, pág. 232.

(50) E. SEILLIÈRE, *Le romantisme des réalistes*. *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 235.

(51) E. SEILLIÈRE, *Le romantisme des réalistes*. *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 241.

(52) Charles BAUDELAIRE, “Madame Bovary par Gustave Flaubert”, *L'Artiste*, 16 de octubre de 1857.

(53) M. VARGAS LLOSA, *La orgía perpetua*, ed. cit., págs. 141, 142 y *passim*.

(54) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 30 de marzo de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 326.

(55) Flaubert defendió su obra en una extensa y airada carta (G. FLAUBERT, “Carta a Sainte-Beuve, de 23-24 de diciembre de 1862”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 426-439).

(56) Sobre la opinión de la crítica, puede verse, LA VARENDE, *Flaubert par lui-même*,

*sentimental* —cuyo título, más que una ironía es un sarcasmo—, como tantas veces se ha dicho (57), es la historia de la vulgaridad, de la mediocridad, del fracaso permanente, tanto del antihéroe Frédéric Moreau como de los demás personajes de la obra; es la novela en la que no hay sitio para la esperanza y que no ofrece futuro alguno, por lo que no es extraño que, como le escribía Flaubert a Sand, fuera criticada por amoral y carente de ideales (58). Como observó Saint-René Taillandier, en “esta educación al revés”, en esta “sátira inhumana”, la inspiración “es una especie de misantropía burlona”, “que encierra, al menos implícitamente, una forma de ateísmo” (59). Recientemente, con lenguaje más contemporizador, se ha dicho que su obra es “una irrisión sistemática y universal” (60).

El triunfo de Flaubert llegaría más tarde y aumentaría tras su muerte, pues *Trois Contes* fue celebrada, tanto por el público como por la crítica; y la *Bovary* llegó hasta a dar nombre a una sicopatología —el estado de insatisfacción afectiva y social que huye hacia lo imaginario (el propio de Emma)— y a una “filosofía”, el *bovarysme*, es decir, “el poder de concebirse como otra persona diferente” (61).

Flaubert también fue uno de aquellos literatos que utilizaron su creación literaria para pintar sacerdotes malos o desagradables. Así, el bobo, tosco y grotesco Bournisien que justifica con su actitud los discursos violentos del farmacéutico racionalista Homais (62); el

---

ed. cit., págs. 119-121, 140-142 y 153; M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., págs. 159-160, 180-182 y 224.

(57) Uno de los primeros en decirlo fue Barbey D’Aurevilly en *Le Constitutionnel* de 19 de noviembre de 1869, que extendió la crítica, no sólo a lo que se contaba —vulgar, materialista y amoral—, sino al libro mismo, al que calificó de mediocre. Como contrapunto, la crítica elogiosa de Zola en *La Tribune* de 28 de noviembre de 1869.

(58) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 3 de diciembre de 1869”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 556-557.

(59) SAINT-RENÉ TAILLANDIER, “Le roman misanthropique”, *Revue des Deux Mondes*, tomo LXXXIV, año XXXIX, segundo periodo, 15 de diciembre de 1869, págs. 987-1004; cits., págs. 992, 1004, 989 y 990.

(60) Alain VAILLANT, Jean-Pierre BERTRAND y Philippe RÉGNIER, *Histoire de la Littérature Française du XIXe siècle*, 2ª ed. actualizada, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2006, pág. 374.

(61) Jules de GAULTIER fue su artífice, primero en una obra de 1892 y posteriormente en otra de 1902, que con el título de *Le bovarysme*, ha sido recientemente publicada de nuevo por Presses de l’Université Paris-Sorbone, Paris, 2006, con un estudio de Per BUVIK, *Le principe bovaryque*, cit. pág. 10.

(62) Gustave FLAUBERT, *Madame Bovary*, (prólogo y notas de THIERRY LAGET),



hipócrita Jeufroy que un año después de haber bendecido el árbol de la libertad se calienta con su tocón y no duda en amenazar al maestro socialista Petit (63); los curas de su juvenil *Agonies* (1838), uno —que anticipa la visita de Emma a Bournisien—, más preocupado por sus “patatas cocidas” que por las angustias de su joven visitante (64), el otro, libertino y blasfemo (65); los curas venales de *La Main de fer* (1837) (66); el sacerdote que bautizó a su sobrina sin comprender nada de lo que hacía ni entender el latín que pronunciaba (67) o los capuchinos libertinos que dice haber visto en su visita al Monte de los Olivos (68). La burla de lo religioso, que Spencer atribuyó a su volterianismo (69), tampoco le era ajena. Al emprender su viaje a Oriente y Grecia relata que, a la entrada de la estación de ferrocarril, encontró un cura y cuatro religiosas y añade: “¡Mal presagio!” (70).

En otro orden de cosas, el irreconocible, por nada espiritual ni santo, san Antonio (71) —en cuyas tentaciones muestra Flaubert la nadería de todas las religiones— o, incluso, su penitente San Julián (72)

---

Gallimard (Folio classique), París, 2001, 2ª parte, caps. I, VI, XIV, págs. 133-134, 173-174, 292.

(63) G. FLAUBERT, *Bouvard et Pécuchet*, edición de Claudine Gothot-Mersch, Gallimard (Folio classique), París, 2004, págs. 227 y 245-247.

(64) G. FLAUBERT, *Agonies. Pensées sceptiques, en Appendice aux Oeuvres Complètes. Oeuvres de Jeunesse inédites. I. 183. -1838*, Louis Conard, París, 1910, pág. 411.

(65) G. FLAUBERT, *Agonies*, ed. cit., pág. 409.

(66) G. FLAUBERT, *La Main de fer en Appendice aux Oeuvres Complètes. Oeuvres de Jeunesse inédites. I. 1839-1842*, Louis Conard, París, 1910, pág. 272.

(67) G. FLAUBERT, “Carta a Maxime Du Camp, de 7 de abril de 1846”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 75.

(68) G. FLAUBERT, *Oeuvres Complètes. Notes de Voyages. I. Italie. Égypte. Palestine. Rhodes*, Louis Conard, París, 1910, pág. 308. «Carta a Louis Builhet, de 20 de agosto de 1850», en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Deuxième série (1847-1852)*, nueva edición aumentada, LOUIS CONARD, París, 1926, pág. 231.

(69) Philip SPENCER, *Flaubert. A Biography*, Faber and Faber, Londres, 1952, pág. 202.

(70) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 67.

(71) G. FLAUBERT, *La tentation de saint Antoine* (prólogo y comentarios de Pierre-Louis REY), Pocket, París, 1999. Se entiende que así sea si resulta que, como advierte Troyat, “san Antonio, es Flaubert es busca de la verdad fundamental e incapaz de elegir entre una fe que desacredita y una ciencia que no le satisface plenamente”, H. TROYAT, *Flaubert*, ed. cit., pág. 316; M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, págs. 228-229.

(72) G. FLAUBERT, *La légende de Saint Julien l'Hospitalier*, presentación, notas, cronología y dossier de Patrice Kleff, GF Flammarion, París, 2002.

—durante mucho tiempo considerada por la crítica una obra maestra—, que aunque inspirado en la *legenda aurea* del dominico y arzobispo de Génova, Jacques de Vorágine, no logra presentar ni transmitir su santidad (73). Como observó Sartre, su San Julián “no brilla ni por el ímpetu de su fe, ni por la esperanza, ni por la caridad”, y “en contradicción flagrante con los principios de la religión católica, es por haber desesperado de Dios por lo que Julián se salva” (74).

Autor ateo desde su juventud hasta el final de su vida y recalciante enemigo de la Iglesia y de la religión (75), en su obra reconoce Guillemin que “no hay un solo sacerdote digno” (76). Y es que, como observó Nadeau, “al igual que para Voltaire, el enemigo principal sigue siendo para Flaubert el sacerdote”, al que considera “maestro de supersticiones, profesor de oscurantismo, aliado tradicional del poder” (77). Pero tampoco las monjas escaparon a su animadversión. En carta a los Goncourt, a propósito del libro que acababan de publicar, *Soeur Philomène*, les decía que su monja no se parece a “la generalidad de las religiosas”, “que son buenas chicas de corral perfectamente estúpidas y muy toscas” (78).

Ya en sus escritos de adolescencia y juventud, acordes con la moda del segundo romanticismo, se muestra su pesimismo y desesperación unido al protagonismo de Satanás y la revuelta contra Dios, como lo acreditan las blasfemias desesperadas de Ohmlin —enterrado vivo— y la reflexión final de Flaubert en *Rage et impuissance* (1836) (79); su *Rêve d'enfer* (1837), que Sartre calificó de “acta de acusación contra Dios” (80); el triunfo de Satanás sobre

(73) J. DE VORAGINE, *La légende dorée*, Garnier-Flammarion, París, 1967, vol. I, págs. 170-171.

(74) Jean-Paul SARTRE, *L'Idiot de la famille. Gustave Flaubert de 1821 à 1857*, Gallimard, París, 1971, tomo II, págs. 2108 y 2114.

(75) H. TROYAT, *Flaubert*, ed. cit., págs. 41, 76, 179, 250, 258, 259, 309 y *passim*. Para su visión de los sacerdotes y sus textos anticatólicos, H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 127-128 y 123-135.

(76) H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 125.

(77) M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., pág. 192.

(78) G. FLAUBERT, «Carta a Edmond y a Jules de Goncourt de 8 de julio de 1861», en *Oeuvres Complètes, Correspondance. Quatrième série (1869-1880)*, Louis Conard, París, 1910, pág. 435.

(79) G. FLAUBERT, *Rage et impuissance* en *Oeuvres de jeunesse inédites*, ed. cit., vol. I, págs. 157-159 y 161.

(80) J. P. SARTRE, *L'Idiot de la famille*, ed. cit., tomo I, pág. 282.

Cristo en *La danse des morts* (1838) (81) o la tentación triunfante en *Smarh* (1839) (82). Así mismo, su nihilismo aparece en obras tan tempranas como *Mémoires d'un fou* (1838) y *Novembre* (1842), según lo ha observado Poyet (83). Su filosofía, durante su juventud, consistió en “un fatalismo de la desesperación” (84).

En 1839, en carta al mejor amigo de la infancia, Ernest Chevalier, tras elogiar los placeres de la vida, incluida “una orgía *desenfrenada*”, le dice: “Además del futuro metafísico (que me importa un comino porque no puedo creer que nuestro cuerpo de barro y mierda, en el que los instintos son más bajos que los del cerdo y la ladilla, encierre algo puro e inmaterial), además de ese futuro está el futuro de la vida. (...) Desprecio demasiado a los hombres para hacerles algún bien o algún mal (...). Sin embargo, si alguna vez tomo parte activa en el mundo, será como pensador y como desmoralizador. No haré más que decir la verdad, pero será horrible, cruel y desnuda” (85). Y poco tiempo después, añadía: “Ya no tengo ni convicción, ni entusiasmo, ni creencia” (86).

Flaubert, se definirá como “liberal rabioso”, opuesto a todos los partidos, a los que “maldice” por igual (87), y, en consonancia con el ambiente literario en el que estaba inmerso, opuesto a todas las religiones, hasta el punto de celebrar que su amigo Louis Bouilhet muriera sin que sus hermanas consiguieran que le asistiera un sacerdote (88). Igualmente, se alegró de que George Sand “no recibió a ningún sacerdote y [de que] murió perfectamente impenitente” y

(81) G. FLAUBERT, *La danse des morts* en *Oeuvres de jeunesse inédites*. I. 183. -1838. *Œuvres diverses – Mémoires d'un fou*, Louis Conard, París, 1910, págs. 421-464.

(82) G. FLAUBERT, *Smarh* en *Oeuvres de jeunesse inédites*. II. 1839 -1842. *Œuvres diverses – Novembre*, Louis Conard, París, 1910, págs. 8-119.

(83) Thierry POYET, *Le nihilisme de Flaubert. L'éducation sentimentale comme champ d'application*, Kimé, París, 2001, págs. 50-52.

(84) B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., pág. 63.

(85) G. FLAUBERT, “Carta a Ernest Chevalier, de 24 de febrero de 1839”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 38.

(86) G. FLAUBERT, “Carta a Ernest Chevalier, de 23 de julio de 1839”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 41.

(87) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 30 de marzo de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 328.

(88) G. FLAUBERT, “Carta a Máxime Du Camp, de 23 de julio de 1869”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 553; H. TROYAT, *Flaubert*, ed. cit., págs. 179 y 258-259.

lamentó que, a instancias de su hija, tuviera un funeral católico (89). A Leroyer de Chantepie, católica, procuró apartarla de la religión: “¿Qué decís de remordimientos, de faltas, de aprensiones vagas y de confesión? Dejad todo eso, ¡pobre alma!, por amor de usted misma. Puesto que sentís la conciencia completamente pura, podéis presentaros ante el Eterno y decir: «Aquí estoy». ¿Qué hay que temer cuando no se es culpable?” (90).

Flaubert fue de aquellos que, durante la Restauración, crecieron ignorantes de la religión debido a la incredulidad de sus padres y al ambiente antirreligioso difundido entre la burguesía bien situada. Frente a otros que abandonaron la fe en la que fueron educados, está el hecho de que, como dijo de sí mismo, [fui] “educado sin religión como los hombres de mi edad” (91). Sin embargo, ese hecho podría explicar que pasara de largo, que “volviera la cabeza, como tantos otros”, pero no su *hostilidad* a las creencias católicas, según observó Frère, que lo atribuye a su “fobia a los curas” como una forma de su “fobia a la burguesía” (92).

En 1838, sin duda revelando su intimidad, escribía: “El hastío me envolvió; acabé dudando de todo (...). Sin embargo, tuve un horror natural antes de abrazar esta fe en la nada; al borde del precipicio cerré los ojos; caí. Me alegré, ya no había que caer más. (...) de la duda sobre Dios pasé a dudar de la virtud” (93). Su indecisión, si alguna vez la hubo, no debió durar mucho. En carta a Baudelaire, de 22 de octubre de 1860, le explicaba el motivo de su comportamiento hacia todo lo que tenía que ver con la religión: “Os extrañáis de mi rabia antirreligiosa, he aquí mi razón inmediata: continuamente en mis estudios encuentro la Biblia y en la Biblia el Dios actual, el de los católicos, que me exaspera cada vez más por su lado restringido, limitado, oriental, monárquico. Es un Luís XIV, un sultán, no se qué de humano, que me parece, en definiti-

(89) G. FLAUBERT, “Carta a Edma Roger de Genettes, de 19 de junio de 1876”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 675.

(90) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de mayo de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 335-336.

(91) G. FLAUBERT, *Novembre*, en *Mémoires d'un fou y Novembre*, prólogo, notas y comentarios de Pierre-Louis Rey, Pocket, París, 2001, pág. 102.

(92) E. FRÈRE, *Louis Bouilbet*, ed. cit., págs. 238 y 237.

(93) G. FLAUBERT, *Mémoires d'un fou*, ed. cit., pág. 29.

va, muy ruin y cuya concepción me parece muy impía” (94). Poco más de un año antes había expresado una idea muy parecida: “La idea que el catolicismo tiene de Dios ¿no es la de un monarca oriental rodeado de su corte?” (95).

Aunque más tarde proclamará que vivía como un asceta, su comportamiento de juventud y sus escritos de esa época, como su salvaje *Pasión et vertu* (1837) —en la que Mazza, en su furia sexual, asesina a su marido y a sus dos hijos para liberarse y dar curso a su pasión por el amante que la abandonó y que, al no conseguir recuperarle, termina suicidándose (96)— o su bestial y sucia *Quidquid volueris* (1837) —donde, sin duda, Paul es aún más inmoral que el lascivo y asesino Djalioh, engendro de mujer y orangután (97)—, reflejan una sexualidad desorbitada que no se limitó a sus escritos de juventud, pues, como lo destacó Brombert, la obsesión sexual flaubertiana y el erotismo están presentes en toda su obra literaria (98). Sin embargo, su furor ante lo que consideraba la hipocresía de la sociedad en su conjunto y de los curas en particular, porque, en su opinión, los sacerdotes infringían la moral sexual que predicaban, no le impulsó a reprochar el comportamiento de su amigo Maxime Du Camp —sino que lo relata como un éxito—, cuando lo hizo “con una niña de unos 12 o 13 años” (99) durante su viaje a Oriente donde, en su frecuente visita a los burdeles, llegaron a probar las “experiencias” que aún no habían practicado (100).

(94) Citado por Gilles HENRY, *L'histoire du monde c'est une farce ou la vie de Gustave Flaubert*, Editions Charles Corlet, Condé-sur-Noireau, 1980, pág. 186.

(95) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de diciembre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 389.

(96) G. FLAUBERT, *Passion et vertu et autres textes de jeunesse*, Libro, París, 2002, págs. 49-75.

(97) G. FLAUBERT, *Quidquid volueris*, en *Passion et...*, ed. cit., págs. 19-47.

(98) Victor BROMBERT, *Flaubert*, (1971), Seuil, París, 1981.

(99) G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 14 de noviembre de 1850”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 138.

(100) Se trató de la sodomía, H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 132.

Starkie sugiere, hasta darlo casi como un hecho incontrovertible, la homosexualidad de FLAUBERT, sobre todo con su amigo Louis Bouilhet, conforme a alguna de las cartas que Flaubert escribió a Bouilhet (E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 13, 135, 198, 424 y 425).

Bart sugiere, también, la homosexualidad o la bisexualidad de FLAUBERT (B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., págs. 225-226).

Pese a su desprecio de los burgueses, a los que su pluma zahirió con frecuencia (101), a su “odio a la burguesía” (102), no fue menor su desprecio de los revolucionarios y de los no burgueses, como se percibe claramente en su correspondencia y en *L'Education sentimentale* (103), con la descripción “sarcástica” de las utopías revolucionarias de 1848 y al reflejar la incoherencia del movimiento revolucionario y la pequeña minoría que fue su artífice (104). A pesar de ese desprecio, Flaubert fue un burgués muy bien acomodado —el perfecto burgués según Zola (105)—, que vivió de rentas hasta que, en 1875, tuvo un descalabro económico al acudir en auxilio del marido de su sobrina que se había arruinado. Frecuentó los alrededores de la corte imperial, pues fue amigo de la princesa Matilda y asiduo de su nada ortodoxo salón y, en alguna ocasión, huésped del nuevo Emperador (106). Caballero de la Legión de honor en 1866, en 1877 la República, por influencia de Ferry, le concedió un “sueldo” de 3.000 francos sin contrapartida ni obligación alguna. Murió, repentinamente, el 8 de mayo de 1880. Como indicó La Varende, Flaubert “nunca pensó como un burgués, pero vivió como tal y se puede decir que amó burguésamente” (107); o como escribió Starkie, Flaubert “piensa que se debe vivir como un burgués para poder pensar como un dios” (108).

---

Sartre, en las páginas que dedicó a la “probable” homosexualidad de Flaubert, estima que Starkie se equivocó sobre la relación homosexual de Flaubert y Bouilhet y concluye que la experiencia a la que aludió en su carta desde Egipto no se consumó (J. P. SARTRE, *L'Idiot de la famille*, ed. cit., tomo I, págs. 686, 687 nota y 691-692).

(101) M. NADEAU, *Gustave Flaubert écrivain*, ed. cit., pág. 210 y *passim*.

(102) Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, Librairie Hachette, París, s.d. (pero 17ªed., 1922, según pág. 1026), pág. 1074.

(103) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., págs. 93-110, 150.

(104) Véase Jean VIDALENC, “Gustave Flaubert, historien de la Révolution de 1848”, *Europe*, núm. 485-486-487, septiembre-octubre-noviembre 1969, págs. 51-67; el entrecomillado en pág. 59.

(105) Émile ZOLA, *Les romanciers naturalistes*, G. Charpentier, 2ª ed., París, 1881, pág. 185.

(106) R. DUMESNIL, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 249, 250; H. LOTTMAN, *Gustave Flaubert*, ed. cit., págs 246 y sigs; G. WALL, *Flaubert: A Life*, ed. cit., págs. 259, 281-286, 299.

(107) LA VARENDE, *Flaubert par lui-même*, ed. cit., pág. 38.

(108) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 411.

Anticlerical y anticatólico permanente, positivista transitorio (109), escéptico por la fugacidad de la realidad, es decir, “por la evolución perpetua de la humanidad y sus reformas incesantes” (110), también fue de los que consideraba al progreso incompatible con la fe cristiana (111) y, ésta, con la razón, según las argumentaciones de Bouvard y de Pécuchet (112) (claro que visto que todo lo que emprendieron “reventó entre sus manos” (113), la moraleja debería ser que en el enfrentamiento dialéctico con Jeufroy, sería el sacerdote el que tendría razón).

Su animadversión hacia el catolicismo no le condujo al aprecio del socialismo al que odiaba y calificaba de “inmundicia” (114), y su justificación del Segundo Imperio, debida a su desprecio por las masas (115), por lo que, también era inmundo el plebiscito (116), y una desgracia el sufragio universal (117) —“la vergüenza del espíritu humano” (118)—, no le impidió terminar en un republicanismo de izquierdas burgués y anticatólico, al lado de los Hugo, Gambetta y Ferry (119).

Ese desprecio del pueblo, contrapuesto a su elogio a los pocos

---

(109) “Las ciencias no han progresado más que en el momento que dejaron de lado esa idea de causa. (...) no hay más que hechos y conjuntos en el universo”, (G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de diciembre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 389).

(110) G. FLAUBERT, «Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de mayo de 1857», en *Correspondance*, ed. cit., pág. 337.

(111) H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 133.

(112) G. FLAUBERT, *Bouvard et Pécuchet*, edición de Claudine Gothot-Mersch, Gallimard (Folio Classique), París, 2004, págs. 356-358

(113) G. FLAUBERT, *Bouvard et Pécuchet*, ed. cit., pág. 414.

(114) G. FLAUBERT, “Carta a Ivan Tourgueniev, de 30 de abril de 1870”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 566.

(115) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 19 de septiembre de 1868”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 543.

(116) G. FLAUBERT, “Carta a Ivan Tourguéniev, de 30 de abril de 1870”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 566.

(117) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 12 de octubre de 1871”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 594.

(118) G. FLAUBERT, «Carta a George Sand, de 8 de septiembre de 1871», en *Oeuvres Complètes, Correspondance. Quatrième série (1869-1880)*, LOUIS CONARD, París, 1910, pág. 81.

(119) H. GUILLEMIN, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 64-78.

hombres superiores, se muestra en toda su crudeza en carta a George Sand: "Son pocos los que no necesitan lo sobrenatural. La Filosofía será siempre la porción de los aristócratas". "Podéis esforzaros en engordar al ganado humano, encamarle hasta el vientre, incluso dorar su cuadra, permanecerá *bruto*, a pesar de todo. Todo lo que puede esperarse es hacer al animal un poco menos malo. Pero en cuanto a elevar las ideas de la masa, a darle una concepción de Dios más amplia y, por tanto, menos humana, lo dudo, lo dudo" (...). "El neocatolicismo, por una parte, y el socialismo, por otra, han embrutecido a Francia. Todo se mueve entre la Inmaculada Concepción y las escudillas obreras" (120). Dos años más tarde, le decía: "Creo que el vulgo, el rebaño será siempre aborrecible. Sólo hay importante un pequeño grupo, siempre los mismos, que se pasan la antorcha (...)". Nada bueno se conseguirá "mientras la Academia de ciencias no sustituya al Papa (...). La Revolución fue un fracaso (...) porque procedía de la edad media y del cristianismo. La idea de igualdad (en lo que consiste toda la democracia moderna) es una idea esencialmente cristiana y que se opone a la de justicia" (121). Unos meses antes, en relación a la situación política francesa del momento, le había dicho: "El pueblo es un eterno menor y estará siempre (en la jerarquía de los elementos sociales) en el último lugar, ya que es la multitud, la masa, lo ilimitado. Poco importa que muchos campesinos sepan leer y que ya no escuchen a su cura, importa infinitamente que muchos hombres, como Renan (122) y Littré (123), puedan vivir y ser *escuchados*" (124).

Unos años antes le había escrito a Leroyer de Chantepie: "Lo que hay estimable en la historia es una pequeña multitud de hom-

---

(120) G. FLAUBERT, "Carta a George Sand, de 19 de septiembre de 1869", en *Correspondance*, ed. cit., págs. 542-543.

(121) G. FLAUBERT, «Carta a George Sand, de 8 de septiembre de 1871», en *Oeuvres Complètes, Correspondance. Quatrième série (1869-1880)*, ed. cit., pág. 80.

(122) Me he ocupado de Renan en Estanislao CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Ernest Renan", *Verbo*, núm. 447-448, agosto-septiembre-octubre 2006, págs. 557-592.

(123) Me he ocupado de Littré en Estanislao CANTERO, "Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Émile Littré y Pierre Larousse", *Verbo*, núm. 445-446, mayo-junio-julio 2006, págs. 459-469.

(124) G. FLAUBERT, "Carta a George Sand, de 30 de abril de 1871", en *Correspondance*, ed. cit., pág. 588.



bres (quizá trescientos o cuatrocientos por siglo), que desde Platón a nuestros días no ha cambiado. Son los que han hecho todo y son la *conciencia* del mundo. En cuanto a las partes bajas del cuerpo social, no las elevaréis jamás. Cuando el pueblo no crea en la Inmaculada Concepción, creará en las mesas giratorias. Hay que consolarse y vivir en una torre de marfil” (125). Cuando preparaba *Bouvard et Pécuchet*, le escribía a Edma Roger des Genettes: “meditado una cosa en la que *exhalar mi cólera*. Si, me desembarazaré, por fin, de lo que me ahoga. Vomitaré sobre mis contemporáneos el asco que me inspiran” (126). Casi un año antes le había escrito a Sand: “Hay días en los que la cólera me ahoga. Quisiera ahogar a mis contemporáneos en las letrinas, o, al menos, hacer llover sobre sus crestas torrentes de injurias, cataratas de invectivas” (127).

Pesimista desde su juventud (128), de un “pesimismo integral” (129), al tiempo que determinista y nihilista (130), Flaubert, como Musset, podría haber dicho, “llegué muy tarde a un mundo muy viejo” (131) o como Lamartine, “nuestra desgracia es haber nacido en este tiempo maldito donde todo lo viejo se derrumba y aun no hay nada nuevo” (132). De hecho, se lo dijo a Louise Colet: “Hemos llegado demasiado pronto. Dentro de veinticinco años el punto de inserción será magnífico” (133).

(125) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 16 de enero de 1866”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 481.

(126) G. FLAUBERT, “Carta a Edma Roger des Genettes, de 5 de octubre de 1872”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 603.

(127) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 14 de noviembre de 1871”, en *Oeuvres complètes. Correspondance. Quatrième série*, Louis Conard, París, 1910, pág. 85.

(128) A. COLLING, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 24, 104, 197, 308, 317, *passim*.

(129) C. DIGEON, *Le dernier visage de Flaubert*, ed. cit., págs. 11, 99, 164.

(130) R. DUMESNIL, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 316, 319, 329; A. COLLING, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 208, 70; T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., págs. 184, 199-200, 205, 249 y *passim*.

(131) Alfred de MUSSET, *Rolla*, en *Oeuvres Complètes*, II, *Poésies Nouvelles*, nueva edición de Edmond Biré, Garnier Frères, Libraires Editeurs, París, s.f., pág. 2.

(132) Alfonse de LAMARTINE, “carta a la duquesa de Raigecourt, de 18 de agosto de 1814”, citado por P. BÉNICHOU, *Le temps des prophètes. Doctrines de l'âge romantique*, (1977), Gallimard, París, 2001, págs. 286-287.

(133) G. FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, de 4 de septiembre de 1852”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 198.

Zola dijo de Flaubert que fue “el negador más amplio que hayamos tenido en nuestra literatura”, pues “profesa el verdadero nihilismo” (134). Por el contrario, Bertrand consideró que la acusación de nihilismo, sobre todo en materia social y política, no era más que un prejuicio (135). Su admiración por Flaubert le jugó aquí una mala pasada, pues poco después añadía que “el verdadero fondo de Flaubert es el odio del Poder. Odia a la autoridad en todas sus formas y en todas sus manifestaciones” (136). Este autor, gran defensor de Flaubert, le presentó como hombre de elevada moralidad (137), crítico del sentimentalismo necio (138) y de los errores y vicios de la sociedad de su tiempo (139). Pero si es cierto que tales conclusiones se pueden extraer, se requiere para ello que el lector posea los principios morales que permitan tal juicio, pues no están insertos en su obra; y no es menos cierto que sobrepasó ampliamente las críticas merecidas y los males reales de aquella sociedad como si toda ella y todos sus componentes fueran merecedores de sus descripciones y caracterizaciones. Como observó Seillière, su obra se caracterizó por “el nihilismo moral de su estética” (140).

Considerado mayoritariamente realista (141) o naturalista (142), sin embargo, fue discutido si fue más romántico que realista o más realista que romántico, si fue ambas cosas conjunta o sucesivamente, o, incluso, alternativamente, o si de ningún modo fue realista (143),

---

(134) Émile ZOLA, *Les romanciers naturalistes*, ed. cit., pág. 194.

(135) Louis BERTRAND, *Gustave Flaubert*, Mercure de France, París, 1912, págs. 191 y sigs.

(136) L. BERTRAND, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 206.

(137) L. BERTRAND, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 195.

(138) L. BERTRAND, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 197.

(139) L. BERTRAND, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 196.

(140) E. SEILLIÈRE, *Le romantisme des réalistes. Gustave Flaubert*, ed. cit., págs. 218-219.

(141) E. ZOLA, *Les romanciers naturalistes*, ed. cit.; Jules LEMAITRE, *Les contemporains. Études et portraits littéraires. Huitième série*, prólogo de Myriam Harry, Boivin et Cie., París, 1886; Émile HENNEQUIN, *Quelques écrivains français*, Perrin et Cie, París, 1890, especialmente, págs. 21-31.

(142) Georges PELLISIER, “Le Roman”, en PETIT DE JULLEVILLE (dir.), *Histoire de la Langue et de la Littérature française des origines a 1900*, tomo VIII, *Dix-neuvième siècle. Période contemporaine (1850-1900)*, Librairie Armand Colin, París, 1908, págs. 167-178.

(143) En 1865 le escribía a George Sand: “Aborrezco lo que se ha llamado el rea-

su influencia, al decir de Faguet, por carecer de ideas generales, fue sólo literaria, aunque en este campo, de gran importancia (144), como ya había indicado el mismo crítico (145). Brunetière, en 1883, le consideró un maestro, pero sólo por *Madame Bovary*, la única obra de su producción que apreció (146). Thibaudet indicó que, probablemente, ha sido quien más ha influido en la novela francesa (147) y merece el apelativo de clásico (148), y se le ha considerado el creador de la novela moderna con *Madame Bovary* (149), con la que “inventó un género y sentó las bases de una escuela”, aunque no fuera consciente de ello (150) y con la que se ha dicho, sin duda exageradamente, que se curó del romanticismo, del que ya había sanado con su viaje a Oriente (151).

Sin embargo, no todo los críticos han compartido esa opinión que limitaba la influencia de Flaubert al terreno literario. Carrère le incluyó, por su influencia en los lectores, entre los *maestros perniciosos*, los que son “propagadores de debilidad, de egoísmo, de cobardía o de concupiscencia” (152). “El vicio fundamental de la obra de Flaubert”, indicaba, “es el nihilismo irremediable y absoluto, es la negación de todo esfuerzo paciente hacia un ideal superior, es el odio violento a la civilización”, por lo que su obra es “esencialmente *antisocial*” (153). Cien años más tarde, Poyet advertirá que la melancolía de Flaubert y su pesimismo desembocaron en el nihilis-

---

lismo, a pesar de que me hayan hecho uno de sus pontífices”, citado por G. HENRY, *L'histoire du monde...*, ed. cit., pág. 255.

(144) Robert LOUIT, «Gustave, Henry, James et les autres», *Magazine littéraire*, núm. 250, febrero 1988, págs. 47-51.

(145) E. FAGUET, *Flaubert*, Librairie Hachette, París, 7ª ed., s.d., pág. 180.

(146) Ferdinand BRUNETIÈRE, *Le roman naturaliste*, Calmann-Lévy, París, 1883, págs. 139-195 y 51-73.

(147) A. THIBAUDET, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 293.

(148) A. THIBAUDET, *Gustave Flaubert*, ed. cit., pág. 297.

(149) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., pág. 415; M. VARGAS LLOSA, *La orgía perpetua*, ed. cit., págs. 209-235.

(150) E. ZOLA, *Les romanciers naturalistes*, ed. cit., págs. 130 y 188.

(151) E. STARKIE, *Flaubert...*, ed. cit., págs. 416 y 233.

(152) Jean CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres. Rousseau, Chateaubriand, Balzac, Stendhal, George Sand, Musset, Baudelaire, Flaubert, Verlaine, Zola*, Plon-Nourrit et Cie., París, 1922, pág. 12.

(153) J. CARRÈRE, *Les Mauvais Maîtres...*, ed. cit., pág. 162. El artículo sobre Flaubert es de 1902.

mo (154), que su literatura desmoraliza (155), “que cabe hacerse nihilista al leer *L'Education sentimentale* y compartir las concepciones flaubertianas” (156) y que “la obra de Flaubert es peligrosa porque expresa un pesimismo total” (157).

¿Creyó en algo? Spencer observó que Flaubert “era demasiado escéptico para ser teísta” y que si tuvo una idea de Dios, ésta “fue una lejana abstracción sin ninguna relación con el ser humano” (158).

Ya en sus escritos de juventud mostró su incredulidad en el alma: “el alma es, quizás, esa exhalación fétida que sale de un cadáver” (159). La cuestión religiosa no llegó a provocarle, aparentemente, ninguna inquietud profunda que fuera más allá de su juvenil rechazo, pues el juicio más probable es que Flaubert no llegó a creer en nada. En opinión de Sartre, el joven Flaubert “ni siquiera concibe lo que es una idea verdadera” y argumenta que cuando Flaubert le escribía a Ernest Chevalier —en carta que ya ha sido citada—, “no haré más que decir la verdad”, el tiempo verbal utilizado por Flaubert muestra que la verdad no existe aún y dependerá, cuando menos, de la selección que haga Flaubert (160).

En sus biógrafos no aparece por parte alguna que hubiera tenido alguna preocupación religiosa seria; y si la tuvo, la influencia de Renan, que según Digeon (161) fue importante, no fue lo más apropiado para mantenerla y, menos aún, para resolverla (162). “La gente como nosotros —le escribía a Feydeau en 1859— debe tener la religión de la Desesperación” (163). En carta a Guy de Maupassant,

(154) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., págs. 27-37 y 195.

(155) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., pág. 59.

(156) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., pág. 72; cfr. pág. 78.

(157) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., pág. 239.

(158) P. SPENCER, *Flaubert. A biography*, ed. cit., pág. 203.

(159) G. FLAUBERT, *Agonies*, ed. cit., pág. 409.

(160) J. P. SARTRE, *L'Idiot de la famille*, ed. cit., tomo II, págs. 1327 y 1580.

(161) En quince años, “pasó del «volterianismo» al «renanismo»”, aunque en todo momento “su actitud religiosa es en su esencia idéntica” (C. DIGEON, *La dernier visage de Flaubert*, ed. cit., págs. 44 y 51).

(162) Para Reboussin, el drama espiritual de Flaubert, spinoziano en el fondo, consistió en que “no creyendo en nada”, aspiró a la Unidad, obstinadamente buscada más allá del amor y de la vida” (Marcel REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, A.G. Nizet, París, 1973, pág. 181).

(163) G. FLAUBERT, “Carta a Ernest Feydeau, de 26 de octubre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 380.

en 1878, casi al final de su vida, le decía: “La duda absoluta me parece tan netamente demostrada que querer formularla sería casi una necedad”. “No hay más verdad que las «relaciones», es decir, el modo en que percibimos los objetos” (164). El año de su fallecimiento le decía a Hennique: “No existe la Verdad. Sólo hay modos de ver” (165). Unos años antes, le escribía a George Sand: “¿En qué hay que creer? En nada. Es el comienzo de la sabiduría. Es hora de deshacerse «de los principios» y de entrar en la Ciencia, en el Examen” (166). Fue, pues, otro de esos autores que, deslumbrados por la ciencia, no fueron capaces de ver sus límites y su ámbito de aplicación y la convirtieron en cientificismo, a pesar de que, tras Sedán, calificara al positivismo de “abyecto” (167). Además, al igual que Vigny (168) o Michelet (169), rechazaba el Evangelio, por estimar que su moral significaba “la exaltación de la Gracia en detrimento de la Justicia” (170).

Si la religión llegó a preocuparle en algún momento, como se ha llegado a decir, basándose en alguna de sus cartas a Leroyer de Chantepie, sin embargo, la concepción de la religión como creación poética resolvía anticipadamente el problema situándolo en el plano erróneo de lo humano: “La hipótesis de la nada absoluta no tiene nada que me aterrorice. Estoy dispuesto a lanzarme plácidamente en algún agujero negro”. “A pesar de todo, lo que más me

---

(164) G. FLAUBERT, “Carta a Guy de Maupassant, de 15 de agosto de 1878”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 713.

(165) G. FLAUBERT, “Carta a Léon Hennique, de 2-3 de febrero de 1880”, en *Oeuvres Complètes, Correspondance. Huitième Série (1877-1880)*, nouvelle édition augmentée, Louis Conard, Paris, 1930, pág. 370.

(166) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 30 de abril de 1871”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 587.

(167) G. FLAUBERT, “Carta a Maxime Du Camp, de 29 de septiembre de 1870”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 577.

(168) Me he ocupado de Vigny en “Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Alfred de Vigny”, *Verbo*, núm. 455-456, mayo-junio-julio 2007, págs. 485-514.

(169) Me he ocupado de Michelet en “Literatura, religión y política en Francia en el siglo XIX: Jules Michelet”, *Verbo*, núm. 437-438, agosto-septiembre-octubre 2005, págs. 641-659.

(170) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 30 de abril de 1871”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 587.

atrae es la religión. Quiero decir, todas las religiones, no una más que otra. Cada dogma particular me repugna, pero considero el sentimiento que los ha inventado como lo más natural y lo más poético de la humanidad. No me gustan los filósofos que no han visto ahí más que charlatanismo y tontería. Descubro necesidad e instinto; respeto tanto al negro besando su fetiche como al católico a los pies del Sagrado Corazón” (171). Lo único que Flaubert veía en la religión era un sentimiento que acompañaba a la humanidad, sin ser capaz de captar lo sobrenatural sobre lo puramente humano. Por eso, la religión, como cualquier otro hecho social, era pura evolución: “La mejor religión, como el mejor gobierno (...) es el que agoniza, porque va a dejar sitio a otro” (172).

Si en algún momento, conforme a una moda que se extendió durante algún tiempo, creyó en la trasmigración de las almas, como podría entenderse en una carta a George Sand, y no se trataba de una broma o de pura imaginación, la metempsicosis (173) le duró poco (174): “Me parece, al contrario, que he existido siempre y *poseo* recuerdos que se remontan a los faraones. Me veo con gran nitidez en diferentes épocas de la historia, ejerciendo oficios distintos y con diversa fortuna. Mi individualidad actual es el resultado de mis individualidades desaparecidas. He sido barquero en el Nilo, *rufián* en Roma en tiempos de las guerras púnicas, después retórico griego en Suburre, donde me devoraban las pulgas. Fallecí durante las Cruzadas por haber comido demasiadas uvas en las playas de Siria. He sido pirata y monje, titiritero y cochero. ¿Quizá, también, emperador de Oriente?” “Muchas cosas se explicarían si pudiéramos conocer nuestra genealogía *verdadera*” (175).

---

(171) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 30 de marzo de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 327-328.

(172) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de mayo de 1857”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 337.

(173) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., págs. 76-77.

(174) A pesar de que en 1852 le hubiera escrito a George Sand, aludiendo a una existencia anterior: “estoy seguro de haber sido, en el imperio romano, director de algún grupo de comediantes ambulantes” (G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 4 de septiembre de 1852”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 199). Se trata de un recurso retórico para subrayar el placer de la evocación de la historia.

(175) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 29 de septiembre de 1866”, en *Correspondance*, ed. cit., págs. 492-493.

Reboussin ha pretendido explicar a Flaubert sobre la base de que en su juventud tuvo “una experiencia mística” que relató en *Novembre* (176), con la que tuvo un “contacto con lo Absoluto”, “con la Trascendencia” (177) y por la que “conoció lo esencial del sentimiento religioso” (178). Nada induce a pensar que tal cosa hubiera ocurrido y, desde luego, con lo que Flaubert mostró en su obra y en su correspondencia, de ningún modo cabe sostener que fue “un gran místico” (179). Se puede utilizar el lenguaje como se quiera, aunque no se deba hacer tal cosa, y en lugar de llamar a las cosas por su nombre, denominarlas por su contrario, pero de ese modo se hace imposible la comprensión. Llamar experiencia mística a lo que no es más que el asombro y la admiración ante el espectáculo de la naturaleza, incluso al anonadamiento ante ella, que es lo que Flaubert relata en *Novembre*, si realmente la vivió, como mucho supondría la expresión de un sentimiento panteístico (180), pero en modo alguno una experiencia de Dios. Como para corregir una interpretación demasiado irreal, pero con una no menor imposible conciliación de contrarios, se pretende que fue “místico pero incrédulo” (181), en el que tal estado quizá habría estado provocado por un conflicto permanente, que duró toda su vida, entre su naturaleza y su razón (182), entre “un misticismo innato y un racionalismo adquirido” (183). Pero tal enfrentamiento, que de ser real no puede conducir más que a la esquizofrenia, no puede ser considerado más que como una licencia literaria para presentar un

---

(176) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., págs. 34-35.

(177) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., págs. 47 y 42.

(178) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 53.

(179) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 65.

(180) Sartre lo advirtió así, aunque citándolo a la versión sexual del éxtasis panteísta; igualmente se refirió a “los éxtasis panteísticos de Djaliou o del Loco que escribe sus *Memorias*” (J. P. SARTRE, *L'Idiot de la famille*, tomo I, págs. 685 y 41).

(181) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 181.

Así se lo decía Flaubert a Louise Colet: «soy místico en el fondo y no creo en nada» (G. FLAUBERT, «Carta a Louise Colet, de 8-9 de mayo de 1852», en *Oeuvres Complètes, Correspondance. Deuxième Série (1847-1852)*, nueva edición aumentada, Louis Conard, París, 1926, pág. 412).

(182) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 12.

(183) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 68.

supuesto drama entre una naturaleza “tierna, intuitiva, vibrante” y una razón “impersonal y glacial” (184).

Ese pretendido misticismo, según explicaba el mismo Flaubert, no era otra cosa que una especie de éxtasis estético. En efecto, en 1852 le escribía a Louise Colet: “Seamos religiosos. Todo lo molesto que me ocurre, grande o pequeño, hace que me encierre más y más en mi eterna inquietud (...). Me inclino a una especie de misticismo estético (si las dos palabras pueden ir juntas) y quisiera que fuera más fuerte” (185).

¿Fue panteísta Flaubert? Así parece haberlo indicado su sobrina y lo han afirmado algunos autores. Carolina Commanville dijo de su tío que era “pagano por el lado artístico” y “por las necesidades de su alma, panteísta”, debido a la influencia de Spinoza (186). Para Spencer, Flaubert aceptó en su juventud el panteísmo de Spinoza, lo abandonó en su madurez y, quizá, volvió a él al envejecer (187). Bruneau apreció el panteísmo de Flaubert durante su primer viaje al extranjero, donde “el sol de Córcega le produjo su primer «éxtasis» panteísta” (188), y a partir de ahí, lo rastrea en *Par les champs et par les grèves*, en *Novembre*, en la primera *Education sentimentale* y en la *Tentation de Saint Antoine* (189), pero explica que su panteísmo fue anterior a su lectura de Spinoza y fue fruto de una experiencia personal (190). Bart se refirió al panteísmo de Flaubert casi en los mismos términos que Bruneau (191) y Brombert desliza varias veces la sugerencia del panteísmo flaubertiano (192). Los textos aducidos por Bruneau parecen darle razón sobre el panteísmo del joven Flaubert. Así, Flaubert, tras describir sus sentimientos ante el

(184) M. REBOUSSIN, *Le drame spirituel de Flaubert*, ed. cit., pág. 12.

(185) G. FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, de 4 de septiembre de 1852”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 197.

(186) C. COMMANVILLE, *Souvenirs intimes*, ed. cit., pág. XXXVII.

(187) P. SPENCER, *Flaubert. A biography*, ed. cit., págs. 35, 49 y 142.

(188) J. BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, ed. cit., pág. 301.

(189) J. BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, ed. cit., págs. 301-302, 383-384, 444, 452-453, 528.

(190) J. BRUNEAU, *Les débuts littéraires de Gustave Flaubert (1831-1845)*, ed. cit., pág. 452.

(191) B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., págs. 125, 130-131.

(192) V. BROMBERT, *Flaubert*, ed. cit., págs. 10, 44, 48, 70, 87 y 127.



esplendor de la naturaleza, concluye: “Hubiera, pues, deseado que nuestra alma se irradiase por doquier y fuera a vivir en toda esta vida para revestir todas sus formas, durar como ellas y, siempre cambiando, empujar siempre sus metamorfosis bajo el sol de la eternidad” (193). Y al evocar sus recuerdos de Lamalque, escribía: “(...) me desperté ... sintiéndome de la misma naturaleza que los animales y fraternizando con ellos en una comunión completamente panteísta y tierna” (194). Sin embargo, a pesar de ello, cabe dudar de la perseverancia del panteísmo de Flaubert —por otra parte, expresado en obras de imaginación, por mucho que se quieran autobiográficas—, pues en su correspondencia manifestó no creer ni en el alma, ni en la eternidad, ni en nada. ¿Fue así?

En sus *Notas de viajes* y en carta a Bouilhet dejó escrito que en su visita al Santo Sepulcro no sintió ninguna de las emociones que había previsto: “ni entusiasmo religioso, ni excitación de la imaginación” (195). Todo lo contrario: “me llené de tanta frialdad e ironía que me fui sin pensar en nada más” (196). “Después de mi primera visita al Santo Sepulcro —le escribí a Bouilhet—, volví al hotel cansado, aburrido hasta el tuétano de mis huesos” (197). Flaubert manifestó que acudió de buena fe: “Fui de buena fe y ni siquiera mi imaginación se conmovió” (198). Después de que un sacerdote le entregara una rosa, bendecida ante él en el Santo Sepulcro, Flaubert escribió: “fue uno de los momentos más amargos de mi vida. ¡Hubiera sido tan dulce para un creyente! ¡Cuántas pobres almas hubieran deseado estar en mi lugar! ¡Todo eso estaba perdido para mí! ¡Sólo sentía la inanidad, la inutilidad, lo grotesco y el perfume!” (199). ¿Lo lamentó de verdad o era mera retórica o, peor aún, una muestra de cinismo?

(193) G. FLAUBERT, *Oeuvres Complètes. Par les champs et par les grèves. Pyrénées. Corse*, Louis Conard, París, 1910, pág. 131.

(194) G. FLAUBERT, *Oeuvres Complètes. Notes de Voyages. I. Italie. Égypte. Palestine. Rhodes*, Louis Conard, París, 1910, pág. 15.

(195) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 291.

(196) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 297.

(197) G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 20 de agosto de 1850”, en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Deuxième série (1847-1852)*, ed. cit., pág. 230.

(198) G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 20 de agosto de 1850”, en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Deuxième série (1847-1852)*, ed. cit., pág. 231.

(199) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 306.

El tercer día, después de expresar que ante todo lo que veía se siente más vacío que un tonel desfondado y que en el Sepulcro un perro se hubiera emocionado más que él, Flaubert pregunta: “¿De quién es la culpa, Dios de misericordia? ¿De ellos? ¿Vuestra? ¿Mía? Creo que de ellos, después de mi y, sobre todo, vuestra” (200). En toda esta historia brillan el cinismo y la blasfemia, al mismo tiempo que el victimismo.

Es difícil creer en su amargura o que deseara haber sido creyente. El contraste de estas afirmaciones con el aburrimiento que sintió, con la calificación de grotesco, con la comparación con el tonel y con el perro, más bien suena a burla.

No hace falta ser creyente para conmoverse o, al menos, para sentir simpatía con lo que allí había pasado. Es difícil creer que fue de buena fe; porque ésta le faltó, sólo vio lo que estaba predispuesto a ver: “hipocresía, codicia, falsificación e impudicia, sin ninguna muestra de Santidad” (201). Porque, incluso con los solos ojos de la carne había mucho más que ver. Si fue de buena fe y dispuesto a sentirse emocionado, no es lógico añadir: “No lloré por mi sequedad ni lamenté nada” (202).

¿La culpa de los curas? No tenía por qué esperar otra cosa de los sacerdotes de Tierra Santa, puesto que él, según lo consignó en su obra y en su correspondencia, no conocía más que malos sacerdotes. Sólo había allí hipocresía, codicia y falsificación y nada de santidad, dice Flaubert. ¿Todos los sacerdotes y religiosos? ¿Todos los peregrinos? ¿Todos los fieles? Es un insulto a la inteligencia del lector y una descripción de la realidad únicamente “realista” y “naturalista”, si sólo el mal real o imaginado merece ser retratado.

Si verdaderamente acudió con el ánimo, no ya de una conversión, pero, al menos, de un revulsivo para su conciencia incrédula, no se entienden los términos del reproche por no haber sentido nada y, menos aun, que no lo haya lamentado. Si verdaderamente lo hubiera deseado tenía que haberle pesado que no se hubiera pro-

---

(200) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 291.

(201) G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 20 de agosto de 1850”, en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Deuxième série (1847-1852)*, ed. cit., pág. 230.

(202) G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bouilhet, de 20 de agosto de 1850”, en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Deuxième série (1847-1852)*, ed. cit., pág. 231.

ducido. El relato de esta historia, que se pretende real, expresa un cinismo absoluto. Ni en sus cartas ni en sus notas de viaje aparece que ese sentimiento anhelado fuera verdadero, que esa disposición de ánimo le hubiera embargado. Por el contrario su viaje comienza con el mal presagio de la presencia de un sacerdote y cuatro religiosas en el lugar de partida; y su entrada en Jerusalén, al traspasar la puerta de Jaffa, donde se solaza con un volteriano cuesco, según su propia expresión (203), no es sino una burla sin gracia. Flaubert sólo vio lo que quiso ver de acuerdo con sus ideas preconcebidas. Echarle la culpa a Dios, además de blasfemo, carece de toda lógica si no cree en Él. El relato de Flaubert muestra una actitud desafiante: quisiera sentir, hazme sentir, ..., sin poner nada de mi parte, más aún, contra mi voluntad burlona que sólo quiere ver el mal existente hipertrofiado. No se puede encontrar a Dios poniendo condiciones, porque en tal caso suponemos nuestro poder superior al suyo, es decir, le negamos. Ni transformando una supuesta emoción religiosa deseada en objeto de análisis, cosificando, por así decir, a Dios, con lo que ya le hemos negado. Tampoco los milagros se pueden pedir así. Pero humanamente, tampoco se puede esperar una sensación, un sentimiento, una emoción, contraria a lo que Flaubert, de hecho, persistía en sentir y creer (204). La culpa fue, pues, tan sólo de Flaubert.

Ese cinismo, por otra parte, se manifiesta como aparente victimismo. El no es culpable de su desgracia y la responsabilidad recae en los otros y, sobre todo, en Dios. Actitud que no era nueva en Flaubert, sino que arranca de su juventud en la que ya había expresado un victimismo burlón. En efecto, al narrar el abandono de la casa del cura, a dónde el joven había acudido a pedir consejo, como quiera que el sacerdote le interrumpe para indagar en la cocina por sus patatas, se marcha riendo: “¿Por culpa de quién? Había ido para aclarar mis dudas y encontré ridículo al hombre que debía instruirme. ¿Era culpa mía que este hombre tuviera la nariz ganchuda y cubierta de granos? ¿Era culpa mía que su voz ávida me pareciera de

(203) G. FLAUBERT, *Notes de Voyages*, ed. cit., pág. 290.

(204) Para Sartre, Flaubert sólo buscaba una “emoción estética” (J. P. SARTRE, *L'Idiot de la famille. Gustave Flaubert de 1821 à 1857*, ed. cit., tomo I, pág. 524).

un tono glotón y bestial? Desde luego que no, ya que había ido con sentimientos piadosos” (205).

De gran autoestima, ya cuando sólo era un estudiante de liceo se consideraba superior a sus compañeros y a sus profesores (206). El desencanto junto al desagrado y al desprecio de las gentes y de la época en que vive (207), llevó a este voluntario misántropo desde su juventud (208) a encerrarse en sí mismo, a dudar de todo (209) y a novelar, en su inacabada *Bouvard et Pécuchet*, el proceso de la imbecilidad humana. Sin embargo, la duda se transformaba en certeza negadora cuando se refería a los dogmas, al alma o a la inmortalidad. Así, “explicar el mal por el pecado original no es explicar nada. La búsqueda de las causas es antifilosófico, anticientífico y las Religiones, en tal cuestión, me desagradan aún más que las filosofías, ya que afirman conocerlas” (210). “El dogma de la vida futura se ha inventado por miedo a la muerte” (211). Con el mismo dogmatismo Flaubert negaba la existencia del alma (212) —“respecto del alma, hace mucho que Cabanis y Bichat nos demostraron que las venas van al corazón, y eso es todo” (213)— y la inmortalidad —“una fatuidad de nuestro orgullo; una protesta de nuestra debilidad contra el orden eterno” (214)—.

De su desprecio por los demás hombres da idea una de sus cartas a la amante en la que le dice: “detesto sin medida a mis semejantes y no me siento su semejante”(…). “Estoy seguro de que los hombres no son más hermanos unos de otros que las hojas de los

(205) G. FLAUBERT, *Agonies*, ed. cit., pág. 411.

(206) R. DUMESNIL, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., pág. 71. B. F. BART, *Flaubert*, ed. cit., pág. 30.

(207) G. FLAUBERT, “Carta a Maurice Schlésinger, de 24 de noviembre de 1853”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 269.

(208) G. FLAUBERT, *Mémoires d'un fou*, ed. cit., págs. 30, 35, 37.

(209) G. FLAUBERT, *Mémoires d'un fou*, ed. cit., pág. 69

(210) G. FLAUBERT, “Carta a Edma Roger des Genettes, verano de 1864”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 456.

(211) G. FLAUBERT, “Carta a Maxime Du Camp, de 7 de abril de 1846”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 75.

(212) G. FLAUBERT, “Carta a Ernest Chevalier, de 24 de noviembre de 1839”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 37.

(213) G. FLAUBERT, *Quidquid volueris*, ed. cit., pág. 21.

(214) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 2 de julio de 1870”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 570.

bosques que no se parecen” (...); “por el hecho de que un imbécil tenga dos pies como yo, en lugar de tener cuatro como un asno, no me creo obligado a amarle o, al menos, a decir que le amo y que me interesa” (215). Ese desprecio incluía a los literatos de su tiempo, a los que menospreciaba, sin excluir a los más grandes; crítica de la que sólo se salvaban los amigos, confundiendo la admiración hacia la obra escrita con la amistad (216). Y es que “para Flaubert, leer no equivaldrá nunca a comprender al otro”, pues leía en función de su propia obra (217).

Este hijo de Voltaire (218) que inventó que una buena mujer, en su simpleza, confunde a un loro con el Espíritu Santo (219), buscó el ideal de la vida en la literatura, en el arte y en la estética (220) —en la estética de su escritura, que fue su ética (221)—, sin llegar a encontrarlo. Así fue desde el comienzo de su carrera literaria hasta el final de su vida. A los diecisiete años escribía en una obra comúnmente considerada autobiográfica: “Si hay en la tierra entre toda la nada una creencia que se adora, si hay algo santo, puro, sublime, alguna cosa apropiada a ese deseo del infinito y de lo indefinido que llamamos el alma, es el arte” (222). “El único modo de no ser desgraciado —decía en 1845— es encerrarse en el Arte y prescindir de todo lo demás” (223). A Maupassant, poco antes de morir, le escribía: “Lo que es Bello es moral, he ahí todo y nada más” (224).

(215) G. FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, de 26-27 de mayo de 1853”, en *Oeuvres complètes, Correspondance, Troisième Série (1852-1854)*, nouvelle édition augmentée, Louis Conard, París, 1927, págs. 209 y 210.

(216) T. POYET, «L'Écriture épistolaire et les jugements littéraires chez Flaubert», ed. cit., págs. 340-342.

(217) T. POYET, «L'Écriture épistolaire et les jugements littéraires chez Flaubert», ed. cit., pág. 346.

(218) G. FLAUBERT, *Novembre*, ed. cit., pág. 102.

(219) G. FLAUBERT, *Un coeur simple en Trois Contes*, Dossier de Marie Basuyaux, Gallimard (Folioplus Classiques), París, 2003, págs. 50 y 57.

(220) G. FLAUBERT, «“Carta a Ernest Feydeau, de 6 de agosto de 1857”», en *Correspondance*, ed. cit., pág. 346.

(221) Geneviève BOLLEME, *La leçon de Flaubert*, Union Generale d'Éditions (col. 10/18), París, 1972, págs. 77, 98, 107, 110-113.

(222) G. FLAUBERT, *Mémoires d'un fou*, ed. cit., págs. 66-67.

(223) G. FLAUBERT, “Carta a Alfred Le Poittevin, de 13 de mayo de 1845”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 58.

(224) G. FLAUBERT, “Carta a Guy de Maupassant, de 19 de febrero de 1880”, en

Flaubert hizo del arte una especie de divinidad y se aferró a él como otros a la religión, hasta el punto que “el Arte fue su Dios” y ese fue su verdadero ideal (225). El arte era su religión, según apreciación de Lanson (226) o, como dijo Thibaudet, hizo de la literatura su vida, considerándola como la salvación espiritual (227). Como Bauchat expresó lo que se ha dicho con frecuencia (228), “se dedicó al culto de la frase perfecta y buscó por las palabras realizar la belleza en sí” (229); “llegó a la teoría singular –había advertido Du Camp– de que la palabra más armoniosa es siempre la palabra justa” (230). Sin embargo, aunque hoy carezca de interés la cuestión, desde muy pronto se discutió si Flaubert sabía escribir, argumentando para negarlo, la frecuencia de frases incorrectas, sobre todo en *Madame Bovary*. Escasamente apreciado por Faguet, Thibaudet, en cambio, indicó que el valor del estilo de Flaubert quedaba demostrado por la fecundidad en sus discípulos (231).

Idealista del arte puro (232), para el que la moralidad del arte reside en su belleza (233), proponía a su amante: “Amémonos en *el Arte* como los místicos se amaban *en Dios* y que todo palidezca ante

---

*Oeuvres Complètes, Correspondance. Huitième Série (1877-1880)*, nouvelle édition augmentée, Louis Conard, París, 1930, pág. 397.

(225) R. DUMESNIL, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 45, 108, 464 y 470.

Lo mismo opinaría A. COLLING, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 192 y 195. Su sobrina había dicho que «eligió el arte como su dios», (C. COMMANVILLE, *Souvenirs intimes*, ed. cit., pág. XVI).

(226) G. LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, ed. cit., pág. 1078.

(227) A. THIBAUDET, *Gustave Flaubert*, pág. 289.

(228) Guy de MAUPASSANT, *Gustave Flaubert* (1884), prólogo de Michel Parfenov, L'Aventurine (Parangon), París, 2001, págs. 56-62.

(229) Charles BAUCHAT, *De Resif à Flaubert ou le Naturalisme en marche*, Les Editions La Bourdonnais, París, 1939, pág. 273.

(230) Maxime DU CAMP, *Souvenirs littéraires*, edición y prólogo de Michel CHAILLOU, Complexe, Bruselas 2002, pág. 26.

(231) A. THIBAUDET, “Sur le style de Flaubert”, en *Réflexions sur la littérature*, edición y notas de Antoine Compagnon y Christophe Pradeau, con prólogo de A. Compagnon, Gallimard (Quatro), París, 2007, pág. 356.

(232) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 23 de enero de 1858”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 360.

(233) «La moral del Arte consiste en la belleza misma», G. FLAUBERT, “Carta a Louis Bonenfant, de 12 de diciembre de 1856”, en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Quatrième série (1854-1861)*, nueva edición aumentada, Louis Conard, París, 1927, pág. 136. A. COLLING, *Gustave Flaubert...*, ed. cit., págs. 184 y 193.

tal amor; que las demás candelas de la vida (que todas huelen) desaparezcan ante ese gran sol” (234). Bien entendido que el partero de tal arte era él mismo. Elitista (235), sobre todo, de la inteligencia (236), de la que, por supuesto, creía que formaba parte, si la curiosidad le llevó en su juventud a entrar en alguna iglesia, sin embargo, como dijo de sí mismo, “en lo que se refiere al dogma, no iba a él; me sentía hijo de Voltaire” (237). Tal actitud (238), unida a los sentimientos románticos de su juventud, en la que “desde el colegio (...) soñaba las pasiones” y “hubiera querido tenerlas todas” (239), no era lo más adecuada para que viera en la religión católica algo diferente a un “atraso de varios siglos” (240) o una influencia social “enorme y deplorable” (241). Tampoco sus amistades eran lo más apropiado para haberle hecho cambiar: Le Poitevin, Bouilhet, Du Camp. Pero no sólo los más íntimos; tampoco Gautier, los Goncourt, Sainte-Beuve, Baudelaire, Zola, Renan, Taine o Sand (242).

Su animadversión y falta de objetividad le hicieron creer que la democracia se apoyaba en la religión y, de ahí, su odio hacia ella: “odio la democracia (al menos como se la entiende en Francia) porque se apoya en «la moral del Evangelio», que es la inmoralidad misma, a pesar de lo que se diga; es decir, la exaltación de la gracia en detrimento de la justicia, la negación del Derecho, en una pala-

(234) G. FLAUBERT, “Carta a Louise Colet, de 14 de agosto de 1853”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 247.

(235) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 16 de enero de 1866”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 481.

(236) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 30 de abril de 1871”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 588.

(237) G. FLAUBERT, *Novembre*, ed. cit., pág. 102.

(238) Se dijo, con notable hipérbole, que Flaubert “conoce los autores eclesiásticos como un benedictino” (J. LEMAITRE, *Les contemporains*, ed. cit., pág. 66). Flaubert leyó buen número de obras para documentarse durante la elaboración de *La tentación de san Antonio* y de *Bouvard et Pécuchet* y para el famoso pasaje de la extremaunción de Emma. Si lo hizo con buena voluntad y no sólo para argumentar la inconsistencia de todas las religiones, no supo o no quiso sacar de la lectura ningún provecho espiritual.

(239) G. FLAUBERT, *Novembre*, ed. cit., pág. 85.

(240) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de diciembre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 389.

(241) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 24 de enero de 1868”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 525.

(242) Sobre las amistades de Flaubert, A. ALBALAT, *Gustave Flaubert et ses amis*, ed. cit.

bra, la anti-sociabilidad” (243). Como tantos otros, parece que también él, al menos durante algún tiempo, sucumbió al cientificismo: “La ciencia se convertirá en fe; estoy seguro” (244).

Sin duda hay que estar muy pagado de sí mismo para creerse que todo lo que le rodea a lo largo de su vida no es más que estupidez. En julio de 1870 le escribía a su sobrina: “(...) te convencerás que no se puede hablar más que con muy poca gente. El número de los imbéciles me parece que aumenta cada día. Casi todas las gentes que conocemos son intolerables por toscas e ignorantes” (245). Se comprende que el centro de su vida fuera él mismo y que en la casa en que vivía con su madre y su sobrina, todo girara en torno a él.

Los Goncourt escribieron: “Flaubert es un hombre que es vanidoso consigo mismo” (246). Faguet destacó como rasgos dominantes de su personalidad la timidez y el orgullo (247) hasta extremos “enfermizos”, de modo que “no admitía otra opinión que no fuera la suya” (248), hasta llegar a “perder la cabeza” si se le contradecía, según el testimonio de Zola (249). Su ego fue tan acusado que, ese mismo crítico, concedor de los escritores del siglo, de los que se ocupó con largueza, dijo que “difícilmente se encontrará un yo más exclusivo e intransigente que el de Flaubert” (250). Así como para Emma o Frédéric Moreau, “su yo es la única realidad existente” (251), de modo muy similar, y como ha advertido Poyet, en el individualismo absoluto de Flaubert estaría el origen de su nihilismo (252).

(243) G. FLAUBERT, “Carta a George Sand, de 30 de abril de 1871”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 587.

(244) G. FLAUBERT, “Carta a Leroyer de Chantepie, de 18 de diciembre de 1859”, en *Correspondance*, ed. cit., pág. 389.

(245) G. FLAUBERT, «Carta a su sobrina, de 14-15 de julio de 1870», en *Oeuvres Complètes. Correspondance. Sixième série (1869-1872)*, nueva edición aumentada, Louis Conard, París, 1930, pág. 134.

(246) Edmond et Jules GONCOURT, “Anotación de 5 de marzo de 1866”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, II. 1866-1886*, ed. cit., pág. 11.

(247) Emile FAGUET, *Flaubert*, Librairie Hachette, París, 7.ª ed., s.f., pág. 17. Defectos que, en los mismos términos, indicaba R. DUMESNIL, *Gustave flaubert...*, ed. cit., pág. 99.

(248) E. FAGUET, *Flaubert*, ed., cit., pág. 17.

(249) É. ZOLA, *Les romanciers naturalistes*, ed. cit. pág. 194.

(250) E. FAGUET, *Flaubert*, ed., cit., pág. 18.

(251) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., pág. 196.

(252) T. POYET, *Le nihilisme de Flaubert...*, ed. cit., págs. 247-249.